"Digame" 18 Enero 1966.

UNA COMIDA SABROSA

A la que asistieron el doctor Epeldegui, el periodista Gómez Santos, el abogado Matos, el apoderado de El Viti, Díaz Flores, y un reportero de DIGAME

Entre plato y plato se contaron auténticos sucedidos alrededor de la operación de El Cordobés

APENAS los señores Magos de Oriente dejaron su grato cargamento, para disfrute de los mayores, con los admirables juguetes que hoy día se fabrican, el mundillo taurino comenzó a desperezarse y en Madrid renace la actividad taurina, y capitostes del taurinismo van, vienen, sonríen, fantasean y también guardan acuerdos positivos, una vez que ya están en las esquinas los carteles de las dos primeras ferias de la temporada en el Levante cálido: los de Castellón de la Plana y los de Valencia.

En este resurgir de la actividad taurina un reportero de DIGAME figuró como comensal en un almuerzo que reunía nombres bien conocidos. El del doctor Epeldegui, mundialmente famoso por su operación a El Cordobés; Marino Gómez Santos, biógrafo de famosos, y recientes los éxitos de sus libros acerca de las vidas tan distintas de Manuel Benítez, lo revolucionario y "ye-yé", y de Santiago Martín, lo ponderado y hondo; y como no podía faltar la representación de los aficionados, que son el todo definitivo de la fiesta, era otro comensal el abogado don Leopoldo Matos, aficionado de autoridad y solera.

El apoderado de El Viti, Díaz Flores, era, con el que informa, los que cerraban el quinteto de los que éramos cinco a la mesa.

Cómo decidió operarse El Cordobés

APENAS tomada nota de los manjares y bebidas las primeras copas excitadoras del jugo gástrico, Díaz Flores dio cuenta de cómo El Corbodés decidió operarse.

—Estábamos gastando bromas acerca de lo que tenía que arrimar el hombro Manolo mientras fuese torero y hacíamos cábalas de que terminaría por ganar en una corrida lo que ahora en cinco, cuando, con un gesto de dolor, me llamó aparte para decirme que avisase, pero en sereto, al doctor Epeldegui que estuviese preparado para operarle; que se lo escribiese así, dada mi buena amistad con el ilustre cirujano. A Manolo le habían ofrecido operarlo muchísimos médicos, pero él quería que fuese un español, y concretamente el doctor Epeldegui, el que le arreglase lo del hombro, que ya le tenía imposibilitado para torear. Sudó lo suyo con la organización Chopera para obtener un rápido viaje en avión, y felizmente se le operó y ahora el doctor nos dirá de la operación.

El doctor, que habla poco y escribirá lo justo

EL doctor Epeldegui, hombre callado, prudente y de seguras palabras, gusta poco de hablar de su resonante trabajo, aun marchando la operación todo lo bien que va.

—Llegará un día—dice el cirujano especializado en males de huesos, músculos y articulaciones—en que con calma puede que escriba todo el proceso de la operación. Ahora sólo puedo contar sucedidos alrededor de ella. Por ejemplo, me quedé atónito de que, a las pocas horas de realizar mi intervención a Manolo, fui llamado desde Noruega por teléfono por unas personalidades que jamás habían visto una corrida ni sabían del toreo, pero estaban muy interesadas en saber cómo había salido la operación y cómo estaba Manuel Benítez.

El Cordobés, cantante

DURANTE el comienzo de la convalecencia de El Cordobés fue auténtico que le visitaron unos productores de discos ofreciéndole, para empezar a hablar, cinco millones de pesetas para impresionar una placa en la que canturrease un poco de flamenco, y no hacia falta ni esperar a que estuviese bueno y se acompañase a la guitarra.

Insistieron mucho en este ofrecimiento tentador, pero la dificultad de llevar al sanatorio el equipo de grabación, y después el no decidirse El Cordobés a ir a un estudio una vez autorizado a salir del sanatorio, hizo que perdiese esta importante cantidad, como renunció a otra importantísima si accedía a filmar unos metros de película para ser pasada en la televisión de muchos países recomendando el que se bebiese cierto refresco de universal fama.

La foto que no se hizo

DE eso de ofrecimientos relacionados con la operación de El Cordobés es cierto—decía el doctor—que a una de las enfermeras le fue ofrecido lo que pidiese por llevar disimulada una cámara fotográfica y obtener momentos de la operación. Me lo dijo así, y que desde el primer momento ni hizo caso al tenaz y tentador ofrecimiento.

El champán y el botijo

HABLA Marino Gómez Santos, que es hombre de claras despachaderas y comenta la resonancia de todo lo que hace El Cordobés, y a ello contribuye de modo especial la continua atención de los reporteros para lanzar a las linotipias, micrófonos e imágenes hogareñas todo cuanto hace o le inventan al famoso torero de Córdoba.

—Las gentes—dice con firmeza el sagaz escritor—gustan de lo ampuloso y de lo novelesco, pero luego la realidad centra las cosas, y esto bien se explica en lo que cuentan que sucedió en un club madrileño de encopetadas personalidades. Uno de los socios, en voz alta y repetidamente, ordenaba a un criado que llamase por teléfono a su casa y dijese que le pusiesen a refrescar el champán francés, que tomaría apenas llegase. Al poco rato, uno de los de la reunión llamó al mismo sirviente y en voz alta y muy serio le encargó que llamase a su domicilio y dijera que le pusiesen el botijo a refrescar en la ventana para cuando llegase a su casa.

Al terminar esta ironía, el doctor Epeldegui, que comía unas lonchas de jamón serrano, dijo, sonriente y rápido:

—¡Mire, Marino! En cuanto a eso del botijo, tratándose de El Cordobés, ¡nada!, ¿eh?, pero que ¡nada!

Mano a mano con El Cordobés

SE contó en la comida, y lo floreó con detalles y comentarios Leopoldo Matos, un auténtico sucedido durante la convalecencia de El Cordobés. Con tal de visitarlo y estar unos momentos con él había personas de toda condición social dispuestas, con súplicas y ofrecimientos que no eran aceptados por sus acompañantes, a poder entrar a la habitación del espada, molesto por los vendajes de escayola y la inmovilidad precisa que han traído esta feliz marcha de su recuperación.

Dos señoritas de elegante porte y muy bellas, tanto insistieron en ver a Manuel Benítez que al fin, momentos antes de llegar el doctor Epeldegui, se les dejó entrar en el cuarto.

Cuando llegó el médico para revisar el vendaje y disponer la marcha de la curación ordenó que se despejase el cuarto y sólo quedasen sus ayudantes. Manuel Benítez sonrió, y con gesto vivo indicó al doctor que esperase un poco.

—Mirar, hijas, yo he sido todo lo condescendiente que he podido. Os dejé entrar. Cuando discutíais por darme la mano, he dejado que cada una me tenga sujeto por dos dedos de la mano que tengo libre, y con el dedo gordo he apretado por turno vuestra mano. ¡Más no

he podido hacer!, ¿verdad, doctor? Pero ahora tenéis que marcharse, pero dejarme aquí la mano completa y no apretar tanto. ¡Muchas gracias!

Durante la comida y a los postres el reportero procuró estar callado. Oír y contar; y en sus correrías informativas taurinas encontró a don Pablo Martínez (Chopera), en su viaje reciente a Madrid, y refiriéndole parte de estos sabrosos comentarios y de lo que es la popularidad de El Cordobés, el famoso empresario dijo:

—Le voy a contar algo auténtico. En San Sebastián, a la puerta de un templo en el que iba yo a oír misa, estaban de charla dos viejas, pero muy viejecitas, muy viejecitas. Tenían sus bastoncillos para apoyarse y charlaban animadísimas. Al pasar junto a ellas, que no me conocían, estaban hablando de El Cordobés. Hice una parada y una a otra se quitaban la palabra para referir algo del torero, que no habían visto nada más que en fotos y si acaso en la televisión. ¡Más increíble popularidad!...